

Amanecer en Cerro Cenicero

Una noche de octubre de **1986**, el brillo de la luna llena resplandecía como un relámpago sobre la nieve acumulada en las faldas del cordón del Cerro Cenicero, en los llanos de Curimahuida, a 3.100 metros de altura, el punto geográfico donde la cordillera de los Andes está más próxima al océano Pacífico. Hacía una semana que —después de dos días de dura caminata desde Valle Hermoso— 46 alumnos junto a 5 profesores, habíamos instalado un campamento aldeaño a un refugio de arrieros denominado Victorio: una madriguera de piedra y barro, sin ventanas ni orientación que, como decía Fabio Cruz, era fruto de la supervivencia. Durante esa semana, con el campamento desplegado, trabajamos arduamente en la construcción de la obra de travesía en una suave meseta aldeaña: un atrio, conformado por un muro segmentado de 70 metros de largo que remataba en dos estancias a cielo abierto, construido —bajo un sol despiadado— con las piedras del lugar a modo de pircas, y su traslado podía significar una tarde entera de trabajo colectivo. Aquella noche me tocó cocinar con Del Pino y Monteverde: preparamos unas pizzas a la piedra. Fue una cena fantástica, una celebración impensada para un momento así. En medio de la efervescencia, en un acto inconsulto y subversivo, con Del Pino decidimos ir a ver el amanecer a una de las cimas altas del cordón, a unos seis kilómetros del campamento. Metimos nuestros sacos en unas viejas mochilas con armazón de aluminio, tomamos un trozo de queso de la bodega y sacamos una botella de aguardiente de nuestra carpa, el bar del campamento como la había tildado Fabio. Durante dos horas caminamos sobre una explanada de nieve: tuvimos que sacarnos los gorros para escuchar nuestro andar y no pisar en falso. Avanzamos por el dorso de una larga ladera

y subimos por una pared de roca desmembrada, al borde de un acantilado abrupto con forma de cráter que se curvaba en el fondo hasta llegar a una laguna. Después de cuatro horas de escalada, azotados por el viento, llegamos a una diminuta terraza donde apenas había espacio para colocar nuestros sacos y cobijarnos de las ráfagas de aire frío. Nos encajamos en un pequeño hueco metidos en los sacos de dormir, y con estos dentro de las mochilas para proteger un poco los pies a modo de vivac. Finalmente, nos apuntalamos con algunas piedras y disfrutamos del aguardiente y del queso. No recuerdo si dormí o imaginé que dormía. Al salir el sol, nuestra recompensa fue contemplar la sublime sombra que señalaba a lo lejos el campamento y la obra en un vacío inconmensurable. Hicimos unos dibujos y bajamos usando nuestras mochilas como trineos para deslizarnos por un planchón de nieve. El vértigo de la bajada impidió visualizar la irrazonable y peligrosa decisión que habíamos tomado, desviándonos dos o tres kilómetros del camino de regreso. Después de casi 14 horas, logramos regresar al campamento. Algunos compañeros habían cubierto nuestra ausencia —pues nos tocaba hacer el desayuno— y otros, preocupados con toda razón, salieron en nuestra búsqueda, pero nos cruzamos sin encontrarnos.

Esta reflexión diacrónica, que se edifica en el presente, es quizá una donación espiritual de aquellas primeras travesías, en las cuales para enfrentar lo «absolutamente moderno», era necesario poner «el cuerpo en juego».

Claudio Leiva Araos